

COMPRENDER EL PECADO PARA ORDENAR NUESTRA VIDA SEGÚN DIOS [45]-[54]

Meditación – 2025

Comenzamos hoy con las meditaciones propiamente ignacianas de estos Ejercicios. La Meditación que nos propone San Ignacio se llama Meditación de los Tres Pecados y podemos encontrarla en los números [45] a [54] del Libro de los Ejercicios. Dice San Ignacio: «**primer ejercicio es meditación con las tres potencias**».

Estas tres potencias de las que habla son las tres potencias del alma que serían la **memoria**, la **inteligencia** y la **voluntad**. Es decir, es ahí donde tenemos que ejercitarnos.

Nos va a dar una materia, y a esa materia tenemos que aplicarle estas tres potencias: memoria, inteligencia y voluntad. La memoria recordando la historia o los elementos de los cuales queremos hacer consideración, meditación; la inteligencia, para tratar de ir entendiendo la verdad; y la voluntad, para ir amando esas verdades que el Espíritu Santo nos va a ir mostrando, va a ir iluminando nuestra inteligencia.

Hemos visto cuál es nuestro fin y el de todas las criaturas. Y el plan de Dios en la creación. Ahora veamos cuál ha sido la respuesta: **el pecado**. El pecado es la negación práctica del principio y del fundamento, la negación del servicio de Dios, de su alabanza, el abuso irracional de las criaturas. Es el gran obstáculo en el camino. Es, por tanto, el **anti principio y fundamento**.

Es muy importante en nuestra vida tener un claro y un verdadero «sentido del pecado», es decir, entender cuáles son las consecuencias que tiene.

Decía Juan Pablo II:

«Restablecer sentido justo del pecado es la primera manera de afrontar la grave crisis espiritual, que afecta al hombre de nuestro tiempo»¹.

Por eso, en nuestra tarea de ordenar nuestros afectos, nuestra vida según la Voluntad de Dios, tenemos que comenzar por considerar **el pecado**, porque justamente el pecado es el desorden en el plan de Dios, es el desorden en la creación.

Si hay algo que tenemos que ordenar, entonces hay que entender qué es lo que está en desorden. Y eso es justamente el pecado, el punto de partida. Es para entender dónde tenemos que aplicarnos a trabajar, a ordenar.

Y el método que tiene San Ignacio es hacernos ver ese pecado en los demás, por eso habla de tres pecados:

- * el pecado de los ángeles;
- * el pecado de nuestros primeros padres Adán y Eva;

¹ SAN JUAN PABLO II, *Reconciliatio et Poenitentia*, Pérdida del sentido del pecado (RP 18).

* el pecado mortal en un hombre que se condena para luego aplicar esas reflexiones a nuestros pecados personales.

Entonces el título en el número [45] dice:

[45] primer ejercicio es meditación con las tres potencias sobre el 1º, 2º y 3º pecado. contiene en sí, después de una oración preparatoria y dos preámbulos, tres puntos principales y un coloquio.

Es decir, en todo ese largo título San Ignacio nos está indicando cuál es la estructura de la Meditación, los pasos que tiene, las etapas por las que hay que ir pasando para obtener el fruto que buscamos con esta Meditación.

Y es importante e interesante detenernos en eso, porque nos explica la estructura que en general tienen las meditaciones ignacianas. Entonces nos dice: «**contiene en sí, después de una oración preparatoria**», por la cual nos disponemos a entrar en la Meditación y sacar el mayor fruto de ella, dos preámbulos que nos ayudan a ir entrando en la Meditación y luego tres puntos de contenido sobre los cuales tenemos que reflexionar y finalmente un coloquio que es un modo de conversación que es propiamente la oración dentro de la Meditación.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Esta oración preparatoria se va a repetir en todas las Meditaciones de San Ignacio, va a ser siempre la misma: «**Pedir gracia**»; es decir, su asistencia al Espíritu Santo con sus dones para que todo lo que hagamos en la Meditación sea realmente para mayor «**servicio y alabanza de su infinita majestad**».

Tratamos entonces con esta oración preparatoria de purificarnos de toda intención desviada que podamos traer a la hora de hacer los Ejercicios Espirituales, que todo sea para servicio y alabanza de Dios, que podamos cumplir con el Principio y el Fundamento, dejando fuera otros intereses que pueda haber.

1º preámbulo: composición de lugar

[47] 1º preámbulo. El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Aquí es de notar que en la contemplación o meditación visible, así como contemplar a Cristo nuestro Señor, el qual es visible, la composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, así como un templo o monte, donde se halla Jesu Christo o Nuestra Señora, según lo que quiero contemplar. En la invisible, como es aquí de los pecados, la composición será ver con la vista imaginativa

y considerar mi ánima ser encarcerada en este cuerpo corruptible y todo el compósito² en este valle, como desterrado entre brutos animales; digo todo el compósito de ánima y cuerpo.

Dice en el número [47] «el primer preámbulo es composición viendo el lugar», es decir usar la vista de la imaginación para componer un lugar en el cual vamos a reflexionar; en el cual vamos a contemplar (cuando sea una Contemplación), es decir, esto nos ayuda a entrar en nuestro interior y quedarnos ahí. Es importante hacer bien la composición del lugar porque mientras más detalle le pongamos a eso más difícil va a ser que nos distraigamos en nuestro tiempo de meditación.

Nos está describiendo qué es este preámbulo de composición del lugar en general, no para aplicar solamente aquí. Según la temática de cada Meditación, va a ser distinta la composición del lugar, por eso habla de un templo o un monte, depende del Misterio de la Vida de Cristo que estemos contemplando o meditando en cada momento. Aquí nos dice «en la meditación invisible, como es aquí de los pecados»; es decir, es una meditación invisible -la llama él- la del pecado; por lo tanto, es decir, no es un Misterio de la Vida de Cristo, no es estar contemplando el Calvario, no es estar contemplando el Cuerpo resucitado del Señor; por lo tanto, usa una composición que pueda tener alguna alegoría con lo que buscamos producir en el alma. Por eso habla de imaginar el alma encerrada en nuestro «cuerpo corruptible».

Va hablando de las consecuencias del pecado. Tenemos un cuerpo que es sujeto a dolor, sujeto a enfermedad, que se corrompe, que está destinado a la muerte en algún momento. Son todas consecuencias del pecado. Y «todo el compósito», es decir, la unión de alma y cuerpo, «en este valle como desterrado entre brutos animales». ¿Por qué brutos animales? Porque el que peca de alguna forma se está comportando como “no acorde a su dignidad”, se está rebajando de alguna forma. Por eso «entre brutos animales» también hace referencia a las consecuencias del pecado.

2º preámbulo: petición

[48] 2º preámbulo. El segundo es demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo. La demanda ha de ser según *subiecta materia*³, es a saber, si la contemplación es de resurrección, demandar gozo con Christo gozoso; si es de pasión, demandar pena, lágrimas y tormento con Christo atormentado. Aquí será demandar vergüenza y confusión de mí mismo, viendo cuántos han sido dañados por un solo peccado mortal, y cuántas veces yo merecía ser condenado para siempre por mis tantos peccados.

Entonces nos explica en qué consiste este preámbulo para que lo apliquemos en todas las demás Meditaciones, y nos explica también qué es lo que tenemos que pedir en este preámbulo de «demandar», de pedir al Señor; qué es lo que tenemos que pedir en particular para esta Meditación de los Tres Pecados. Es decir el segundo preámbulo es la petición, el **fruto que quiero alcanzar con esta Meditación**. Por lo tanto, cuando hagamos examen

² compuesto.

³ Según *subiecta materia*: según el tema que se medita o contempla.

de la Meditación para entender si la hemos hecho bien o la hemos hecho mal, tenemos que mirar al fruto, qué fruto se produjo en nuestra alma, y si coincide con esto que hemos pedido en el segundo preámbulo, número [48], quiere decir que hemos andado bien.

Aquí, entonces, tenemos que pedir «**vergüenza y confusión**» de nosotros mismos. Vergüenza por ver las consecuencias del pecado, entendiendo que las consecuencias del pecado de los ángeles, del pecado de Adán y Eva, y del hombre que se condena por un solo pecado mortal también podrían haber sido consecuencias de mis pecados. Y también vergüenza porque el pecado, como decía, rebaja nuestra dignidad, nos hace obrar de modo contrario a nuestra dignidad de hombres y de hijos de Dios.

Vergüenza y confusión, ver que la inteligencia no alcanza a explicar lo que sucede. Confusión porque no se comprende, no se entiende y surge la pregunta: -tiene que surgir en nuestra alma- “¿Por qué Dios nos da tiempo? ¿Por qué me da a mí tiempo para purgar mis pecados?” Si ya hemos fracasado, quizás, en ese Principio y Fundamento, ¿por qué nos sigue dando la oportunidad?, ¿por qué nos perdona cuando otros quizás han sido mejores y se han condenado?, ¿por qué me sigue dando más oportunidades? Entonces: vergüenza y confusión es lo que tenemos que pedir.

PUNTOS

[50] 1º punto. El primer punto será traer la memoria sobre el primer pecado, que fue de los ángeles, y luego sobre el mismo el entendimiento discurriendo, luego la voluntad, queriendo todo esto memorar y entender por más me envergonzar y confundir, trayendo en comparación de un pecado de los ángeles tantos pecados míos; y donde ellos por un pecado fueron al infierno, cuántas veces yo le he merecido por tantos. Digo traer en memoria el pecado de los ángeles, cómo siendo ellos criados en gracia, no se queriendo ayudar con su libertad para hacer reverencia y obediencia a su Criador y Señor, viniendo en superbia, fueron convertidos de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno; y así consequenter⁴ discurrir más en particular con el entendimiento, y consequenter moviendo más los afectos con la voluntad.

San Pedro nos dice en su Segunda Carta:

«Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los condenó a las cadenas del Tártaro y los entregó en custodia para el Juicio» (2 Pe 2,4).

Lo tenemos entonces en la Revelación, no es un invento de San Ignacio esto. ¿Y cómo llegaron a caer los ángeles? Santo Tomás de Aquino (ST, I, q. 63, aa. 1-3) explica que los ángeles deseaban ser como Dios, deseaban esa perfección, pero la deseaban de un modo concreto, particular, porque ellos, siendo seres perfectísimos, mucho más inteligentes que nosotros, sabían en su inteligencia que sólo podía haber un Dios, sabían que ellos no podían ser Dios. Querían ser como Él, pero a través de su propio poder. Es decir, no querían recibir lo que Dios tenía preparado para ellos, no querían aceptar su Principio y Fundamento, no querían aceptar el fin para el cual habían sido creados.

⁴ consiguientemente.

Los ángeles, creados en gracia, las criaturas más perfectas de la creación, -dice San Ignacio- por su soberbia «**fueron convertidos de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno**».

La soberbia hace que nos consideremos un fin para nosotros mismos, que nosotros queramos ponernos nuestro propio fin, que no aceptemos lo que somos, que hemos sido creados, que la vida nos ha sido dada en un entorno, en unas circunstancias concretas que nos marcan nuestro fin. Nuestra naturaleza nos marca nuestro fin. La soberbia hace que nosotros queramos decidir un fin para nosotros mismos distinto del que Dios ha pensado.

Todo lo que vemos fue creado por Dios. Cada cosa tiene una naturaleza particular: el fuego quema, el agua moja, el hombre engendra a otro hombre, el árbol de naranjas da naranjas. Cada cosa tiene una naturaleza y una tendencia determinada, particular, a un fin concreto, y eso ha sido pensado y querido por Dios. Según esa naturaleza cada criatura está diseñada entonces, para un fin. Tiene los órganos, las cualidades necesarias para alcanzar ese fin. Pero si no se respeta ese fin las cosas pierden su sentido, pierden su razón de ser, se arruinan, se degradan.

Pensemos, por ejemplo, en una obra de arte. Pensemos en la “Monna Lisa” de Da Vinci, una obra que ha sido pensada para crear belleza, para elevar el espíritu del hombre a contemplación de cosas más altas, para hacer reflexionar, para producir un gozo interior, según esa belleza que expresa. Pensemos si se usase esa obra pensada por Da Vinci para ese fin concreto, si se lo usase para otro fin. Si usásemos ese lienzo para ponerlo sobre la mesa, para aparejar la cena sobre la “Mona Lisa”. Se está usando para otro fin para el que no fue creado. Por lo tanto esa naturaleza concreta, ese cuadro, esa obra concreta, no alcanza el fin para el que fue creado. Todas las demás criaturas se ven privadas del gozo que estaba destinada a producir. Y no sólo eso, sino que se arruina, porque se la usa para algo para lo que no ha sido hecha; se la rebaja de su dignidad y se la arruina.

Es decir, se estropean las naturalezas cuando las usamos para otra cosa, cuando las usamos mal, cuando “ab-usamos” (abusamos) de ellas, usándolas para un fin para el que no fueron creadas.

Esto es lo que ocurre cuando no se respeta el fin para el que cada cosa fue creada, y esto nos incluye a nosotros. Cuando decidimos por nuestra cuenta un fin separado del Principio y el Fundamento estamos ab-usando de nuestra naturaleza, de nosotros mismos.

Nosotros decidimos utilizarnos para otro fin cuando no queremos cumplir con el fin que nos fue dado por Dios. Nos arruinamos, como los ángeles que, según palabras de San Ignacio, «**fueron convertidos de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno**».

Y es importante resaltar entonces el papel de la soberbia, que consiste en creer que somos algo que no somos, ponernos otro fin, y por lo tanto darnos otra naturaleza, otro modo de ser, de alguna forma.

Por lo tanto consiste, en el fondo, en creer que somos nuestro propio Dios, pudiendo determinar nuestro propio principio y fundamento, dándonos otro fin. Y sin embargo, a pesar de que hemos pecado muchas veces, dándonos un fin fuera del Principio y Fundamento, decidiendo que lo mejor para nosotros era el pecado y no lo que Dios tenía

pensado para nosotros, quizás pensamos que lo mejor para nosotros era entregarnos al placer, a la búsqueda de la riqueza, a la búsqueda de la fama, a cualquier criatura. A pesar de eso, seguimos aquí presentes, seguimos aquí con vida y no estamos en el infierno. ¿Por qué?: **vergüenza y confusión**.

Ahí tenemos que buscar entonces el fin de esta Meditación. ¿Por qué, si los ángeles fueron condenados por un solo pecado yo sigo aquí, con otra oportunidad?

Los ángeles se condenaron por un solo pecado, nos dice San Ignacio; y el considerar cuántas veces hemos pecado nosotros, debe hacernos «**envergonzar y confundir**». Así nos dice San Ignacio. Y esto porque parecería algo que no sigue una lógica. ¿Por qué yo no me condeno a pesar de mis muchos pecados? Esto tiene que generar confusión en nosotros. ¿Por qué conmigo Dios tiene tanta consideración?

[51] *2º punto*. El segundo: hacer otro tanto, es a saber, traer las tres potencias sobre el pecado de Adán y Eva, trayendo a la memoria, cómo por el tal pecado hicieron tanto tiempo penitencia, y cuánta corrupción vino en el género humano, andando tantas gentes para el infierno. Digo traer a la memoria el 2º pecado de nuestros padres; cómo después que Adán fue criado en el campo damaceno⁵ y puesto en el paraíso terrenal y Eva ser criada de su costilla, siendo vedados que no comiesen del árbol de la ciencia y ellos comiendo y asimismo pecando, y después vestidos de túnicas pelíceas y lanzados del paraíso vivieron sin la justicia original, que habían perdido, toda su vida en muchos trabajos y mucha penitencia, y conseqüenter discurrir con el entendimiento más particularmente, usando de la voluntad como está dicho.

Otro texto largo de materia de meditación, sobre el que tenemos todo el tiempo para reflexionar y rezar. Vemos entonces aquí también cómo el pecado **arruina** al pecador, viendo todo lo que perdieron Adán y Eva con ese primer pecado.

Dice San Ignacio «**lanzados del paraíso vivieron sin la justicia original, que habían perdido, toda su vida en muchos trabajos y mucha penitencia**». Perdieron la **justicia original** que era el estado en el que estaban puestos en el paraíso, en la gracia de Dios, en la amistad con Dios, y también tenían lo que se llaman los **dones preternaturales**.

La tradición cristiana reconoce la existencia en el paraíso de esos dones preternaturales; es decir, dones que estaban más allá de la naturaleza humana -por eso preternaturales-, dones que no están exigidos por nuestra naturaleza, pero que el Señor había decidido adornar al hombre, si se quiere, con esos dones, que eran **la inmortalidad**: el hombre en la justicia original no estaba llamado a morir, no estaba destinado a morir. También **la impasibilidad**, es decir no había dolor, no se sufría el dolor. Y también lo que se llama **la integridad**, que es el dominio de las pasiones del hombre, de esa tirantez que a veces ejerce la tentación sobre nosotros, tentaciones de nuestros apetitos desordenados, de nuestras pasiones que a veces buscan su objeto de modo desordenado, encienden en nosotros un deseo desordenado. Eso ellos no lo sufrían, **todo estaba ordenado según su inteligencia y su voluntad**. Tenían esos dones preternaturales y los perdieron a causa del pecado.

⁵ Damasceno: originario de Damasco.

Nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica⁶:

«El primer hombre fue no solamente creado bueno, sino también constituido en la amistad con su creador y en armonía consigo mismo y con la creación en torno a él (...).»

«Por la irradiación de esta gracia, todas las dimensiones de la vida del hombre estaban fortalecidas. Mientras permaneciese en la intimidad divina, el hombre no debía ni morir (cf. Gn 2,17; 3,19) ni sufrir (cf. Gn 3,16). La armonía interior de la persona humana, la armonía entre el hombre y la mujer (cf. Gn 2,25), y, por último, la armonía entre la primera pareja y toda la creación constituía el estado llamado "justicia original".»

Así vivían Adán y Eva. Y lo perdieron por el pecado, ¡el daño que les hizo ese pecado!.

El pecado nos hace daño, aunque a veces no parezca; aunque a veces parezca que podemos pecar repetidamente y que nada pasa, que aunque parezca que luego podemos confesarnos y ya está -es cierto que la Confesión, ese arrepentimiento, borra nuestro pecado-, pero el pecado deja su marca, deja sus consecuencias, nos daña. Aunque no parezca, el pecado crea vicios en nosotros que nos hacen tender a ese pecado, nos hacen muchas veces dependientes. Crea debilidad en nuestra voluntad. El pecado nos hace también perder nuestras buenas cualidades.

Cuando decidimos una vida sin Dios, es decir con el pecado, sin el Principio y Fundamento, nos complicamos mucho más las cosas. Dice el texto de San Ignacio «**toda su vida en muchos trabajos y mucha penitencia**». Y nosotros rechazamos la gracia divina, la amistad divina y su ayuda, cuando aceptamos el pecado en su lugar. Aceptamos servir al pecado, servir a nuestros intereses desordenados y egoístas en lugar de servir a Dios.

Por eso este segundo punto nos hace ver que las consecuencias de nuestros pecados son muchas. Por un solo pecado de Adán y Eva: corrupción y herida en toda la naturaleza humana. Todos los males de la historia, todos los pecados de la historia, se hacen posibles a partir de este primer pecado de Adán y Eva. Por eso las enormes consecuencias de ese sólo pecado de Adán y Eva. Y esto ocurre con cada pecado.

Nuestros pecados tienen consecuencias que son innumerables. La mayor parte de las veces nosotros ni siquiera somos capaces de ver esas consecuencias. Consecuencias para mi propia alma, consecuencias para mi salud espiritual, pero también para mi salud psíquica y física. El daño que nos hacemos a nosotros mismos al entregarnos a cosas para las que no estamos hechos. ¡El daño que hacemos también a los demás!, no sólo cuando directamente pecamos contra esas personas cometiendo una injusticia, sino que cuando yo pecho no cumplo con el plan de Dios para la salvación. Y, por lo tanto, hay cosas buenas que debería estar haciendo que ayudarían a otras personas en su salvación, y que no las estoy haciendo porque estoy usando ese tiempo para pecar, para ir en contra.

Las consecuencias de nuestras acciones son incontables. Las consecuencias que tienen en la sociedad, en nuestros seres queridos, en los que están más cercanos, en nuestros hijos.

⁶ CIC, *Párrafo 6, I* "A imagen de Dios", numeral 374 y 376.

Y a pesar de que con un solo pecado Adán y Eva trajeron tantos males a toda la humanidad, a pesar de que lo vemos claro, nosotros seguimos con nuestra afección al pecado. Y sin embargo Dios me da otra oportunidad de conversión. ¿Por qué? Vergüenza y confusión entonces. ¿Por qué Dios me sigue dando esta oportunidad?

El tercer punto, en el número [52], dice San Ignacio:

[52] 3º *punto*. El tercero: asimismo hacer otro tanto sobre el tercero pecado particular de cada uno que por un pecado mortal es ido al infierno, y otros muchos sin cuento por menos pecados que yo he hecho. Digo hacer otro tanto sobre el 3º pecado particular, trayendo a la memoria la gravedad y malicia del pecado contra su Criador y Señor, discurrir con el entendimiento, cómo en el pecar y hacer contra la bondad infinita justamente ha sido condenado para siempre, y acabar con la voluntad como está dicho.

Como sabemos por la Doctrina Católica un pecado mortal, es decir una falta grave, hecha con pleno y conocimiento de que eso es una falta, y con libre consentimiento en eso, basta para la condenación eterna. Quien muere con ese pecado sin haberse arrepentido, va al infierno si no es por la Misericordia del Señor. Se elige esa criatura en lugar de Dios, se elige pecar, se elige caer en ese pecado en lugar de servir el Principio y el Fundamento.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice:

«El pecado mortal es una posibilidad radical de la libertad humana como lo es también el amor. Entraña la pérdida de la caridad y la privación de la gracia santificante, es decir, del estado de gracia. Si no es rescatado por el arrepentimiento y el perdón de Dios, causa la exclusión del Reino de Cristo y la muerte eterna del infierno; de modo que nuestra libertad tiene poder de hacer elecciones para siempre, sin retorno» (CEC 1861).

Y ahí está la clave: “**elecciones para siempre, sin retorno**”. Eso es lo que han hecho estos hombres que han sido condenados por un solo pecado mortal. Hablamos de gente que por un único pecado mortal fue condenada para siempre.

Dice San Ignacio «*la gravedad y malicia del pecado*», es capaz de merecernos la condena eterna. Una única vez que estas personas eligieron una criatura en lugar de Dios y no se arrepintieron condenadas para siempre.

¿Parece injusto? ¿Puede parecer injusto? No; en realidad lo que es injusto es que hayamos sido creados y redimidos para un fin muy claro, para el Principio y Fundamento, y nosotros queramos por nuestra cuenta entregarnos a otro fin, poner el Principio y Fundamento en nosotros mismos, ponerlo en el pecado: esa es la injusticia.

Dice el Libro del Profeta Ezequiel:

«Vosotros decís: “No es justo el proceder del Señor”. Escuchad, casa de Israel: ¿Que no es justo mi proceder? ¿No es más bien vuestro proceder el que no es justo? Si el justo se aparta de su justicia, comete el mal y muere, habrá muerto por el mal que ha cometido. Pero si el malvado se aparta del mal que ha cometido y practica el derecho y la justicia, conservará su vida. Ha abierto los ojos y se ha apartado de todos los crímenes que había cometido. Seguro que vivirá; no morirá. Sin embargo, la casa de Israel dice: “No es justo el proceder del Señor”. ¿Que mi proceder no es justo, casa de Israel? ¿No es más bien vuestro proceder el que no es justo?». (Eze 18,25-29)

Allí está la injusticia, eso tenemos que entenderlo. **Está en el pecado la injusticia.**

A la luz de este hecho de que tantos se pierden por un solo pecado, ¡qué tonta parece la presunción de que es fácil evitar el infierno después de cometer una ofensa grave! ¡Y qué completa locura fue para mí permanecer tanto tiempo al borde de esa condena eterna, permanecer al alcance de la tentación, ponerme en tentación!

¿Dónde estaríamos ahora? ¿Dónde estaría yo ahora si Dios hubiera querido tratarme con esa justicia con la que trató a estos otros pecadores? Que quizá cometieron pecados menos graves que yo. Si Dios me hubiera tratado como era justo, hace tiempo que estaría prisionero en el infierno, abandonado a ese tormento perpetuo. Esa es la reflexión a la que tiene que llegar la inteligencia.

Dice san Ignacio «y otros muchos sin cuento por menos pecados que yo he hecho».

Tengo que experimentar entonces confusión por las veces que yo he pecado, que me he entregado al pecado, despreciando el Principio y Fundamento; confusión porque hemos tenido la gracia del arrepentimiento, y otras personas no.

Esto nos habla de un amor de predilección de Dios por nosotros. Un amor de predilección por cada uno en particular. Seguimos aquí, seguimos con posibilidad de arrepentirnos, de dejar ese afecto desordenado a la criatura, al pecado, y volver a la Voluntad de Dios, volvernos hacia Dios, al amor de Dios. ¿Por qué? ¿Por qué no estoy condenado a pesar de mis muchos pecados? La respuesta es: la **Misericordia de Dios**, el amor misericordioso de Dios; pero a eso tiene que llegar cada uno, meditando sobre su historia personal de pecado.

ACTOS CONCLUSIVOS

Finalmente, en el número [53] y [54], San Ignacio nos dice de terminar con un coloquio. Un coloquio es una conversación. Es propiamente **la oración**.

Nosotros meditamos, discurrimos con nuestra inteligencia sobre verdades; pero el movimiento de la voluntad, el amor hacia esas cosas, hacia Dios en concreto, eso es la oración. El punto de conexión, el buscar unirme quizás con una conversación, con el coloquio al Señor. Leo primero el número [54] que explica qué es un coloquio.

[54] El coloquio se hace propiamente hablando así como un amigo habla a otro o un siervo a su señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas; y decir un Pater noster.

Es decir, el coloquio es una conversación como yo vea en ese momento, a lo que me ha llevado todo el discurso de la Meditación. Ver qué suscita el Espíritu Santo en eso, dejar que el Espíritu Santo guíe nuestro discurrir para ese coloquio. Y hablar como se nos ofrezca al alma, como nos venga al alma. Como un amigo habla con otro, como un siervo con su señor.

[53] Coloquio. Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Christo,

lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz discurrir por lo que se offresciere.

Es decir, para el coloquio, para esta conversación con el Señor, imaginármelo crucificado por mis pecados, porque esa ha sido la consecuencia más grave de mis pecados. Hablábamos tanto de las consecuencias. **La gran consecuencia es que el Señor se hizo hombre, se encarnó, para poder tener un cuerpo pasible, capaz de sufrir, para pagar por nuestros pecados y poder de ese modo redimirnos.** Esa es la gran consecuencia.

Entonces, mirando a Cristo, hablando con Él, dice que hay que pensar y hablar de lo que he hecho por Cristo. Es decir:

- * en el pasado, ¿qué he hecho por Cristo?: mis muchos pecados. Soy yo la causa de esos clavos, de esa corona, de esos azotes, de ese costado abierto.
- * Lo que hago por Cristo en el presente. Cómo estoy conduciendo mi vida, qué estoy haciendo por Cristo, por aliviar en algo esa pena, al menos evitar el pecado.
- * Lo que debo hacer por Cristo en el futuro. ¿Cuál tiene que ser el cambio, entonces, en mi desorden de pecado, en mi conciencia del sentido del pecado del que hablábamos?.

«(...) y así viéndole tal, y así colgado en la cruz discurrir por lo que se offresciere».

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Coloquio:

Pedir al Espíritu Santo que guíe nuestro «discurrir» mientras vemos a Cristo en la cruz.